

# Antijudaísmo cristiano y Holocausto. Reflexiones sobre un tema historiográfico

GONZALO ÁLVAREZ CHILLIDA

UNA de las grandes novedades que diferencian el antisemitismo moderno del antijudaísmo cristiano tradicional es la aparición de una fundamentación racista del mismo. Pero junto al antisemitismo racista persistió otro cristiano y católico, que fue, durante el último tercio del siglo XIX, hegemónico en países como Francia, Austria, Italia, Polonia o España, siendo en Rusia o Rumanía de carácter cristiano ortodoxo. Fue sin embargo el antisemitismo propiamente dicho, el racista, el que condujo al Estado nacionalsocialista al exterminio sistemático de seis millones de judíos a partir de 1941. La relación entre el antijudaísmo cristiano y el Holocausto es un tema que ha adquirido nueva actualidad en la historiografía, al hilo quizás de los recientes intentos de la Iglesia de reconocer sus propias culpas. En el documento *Nosotros recordamos: una reflexión sobre la Shoah* (1998) la Iglesia reconoce los prejuicios anti-judíos y la pasividad o indiferencia ante el Holocausto de muchos católicos, aunque excluye «a la Iglesia en cuanto a tal» (pág. 109) de modo hartamente discutible.

Cuando terminó la guerra mundial Jules Isaac, un judío francés superviviente, sin confundir el antijudaísmo cristiano con el nazi, sostuvo que éste no se habría dado sin la previa y secular «enseñanza del desprecio», centrada en la acusación de deicidio y en el consiguiente castigo divino del pueblo judío. Unido a un grupo católico encabezado por Jacques Maritain, solicitó una revisión de la teología sobre los judíos, que dio sus primeros frutos en el documento *Nostra Aetate*, del Concilio Vaticano II.

Ya eran suficientemente conocidos los movimientos antijudíos católicos de la Francia de Dreyfus o de la Austria de Lueger, por poner dos ejemplos relevantes de fines del siglo XIX. Pero mucho menos lo era la actitud del propio Vaticano ante este importante tema, estudiado por David Kertzer en *Los papas contra los judíos*, basándose en documentación de archivos vaticanos abiertos recientemente y en la prensa oficiosa de la Santa Sede, el diario *L'Osservatore Romano* y la revista de los jesuitas *La Civiltà Cattolica*. Kertzer muestra cómo hasta 1870 los papas del siglo XIX mantuvieron a los

judíos romanos segregados en el gueto, obligados a portar un distintivo en la ropa y sometidos a importantes restricciones económicas. Hasta 1848, cuando un hebreo romano manifestaba su deseo de bautizarse, toda su familia era secuestrada por las autoridades. Si la mujer se resistía a seguir a su marido, o si éste se arrepentía, el precio a pagar era la pérdida definitiva de sus hijos, que ya habían sido bautizados. Todavía en 1858 la opinión pública y la diplomacia europeas se movilizaron sin éxito cuando la policía del papa Pío IX secuestró al niño judío de seis años Edgardo Mortara, al conocerse que había sido bautizado en secreto años antes. Los padres, al no convertirse, perdieron a su hijo, que pronto se hizo un ferviente católico. Diez años antes el hoy beato Pío IX había tenido que huir de Roma cuando los revolucionarios de Mazzini proclamaron la república. Los judíos fueron emancipados. Cuando austriacos y franceses aplastaron la revolución, el papa los devolvió al gueto. Eso le supuso que la banca Rothschild le negara un empréstito que necesitaba con urgencia. Para obtenerlo, Pío IX no dudó en garantizar por escrito a James Rothschild que en breve derogaría las restricciones que pesaban sobre los judíos, cosa que luego incumplió.

A partir de 1870, con la desaparición de los Estados Pontificios, la prensa oficiosa del Vaticano participó entusiasta en la nueva y creciente campaña antijudía, que acusaba a los hebreos de alentar el liberalismo, la masonería, el socialismo, la inmoralidad y, en general, la cultura moderna, en duro combate contra la Iglesia. En 1884 León XIII impulsó con la encíclica *Humanum genus* una activa campaña antimasonica, que en muchos casos, como en *La Civiltà Cattolica*, se convirtió en antijudeomasónica. Kertzer demuestra que el propio León XIII participaba de las ideas antijudías del órgano jesuita, aunque se abstuviera de manifestarlas en público, y destaca su apoyo al antisemita austriaco Lueger, a espaldas del Gobierno de Viena. Aunque tras demostrarse la inocencia de Dreyfus el mismo papa ordenó frenar la campaña antijudía. Su sucesor, Pío X, no la reactivó, y menos aún Benedicto XV. Pero cuando a partir de 1918 Europa vio una nueva ola de antisemitismo, esta vez bajo la acusación de que la revolución bolchevique era la tiranía directa de los judíos, los nuncios papales en Varsovia y Munich, Ratti y Pacelli, que vivieron muy de cerca la revolución comunista, resaltaron el papel de los judíos en la misma. Ratti y Pacelli serían en 1922 y 1939 los papas Pío XI y Pío XII respectivamente.

Kertzer demuestra así que el antisemitismo católico moderno alcanzó al mismo Vaticano. Pero el que hubiera un antisemitismo católico moderno no significa que fuera idéntico al racista de la Alemania nazi, que condujo a la «solución final». Y las similitudes y diferencias entre ambos movimientos quizás no se hayan trazado suficientemente, tendiendo a veces a confundirse, como en el nue-

vamente polémico libro de Daniel Goldhagen, *La Iglesia católica y el Holocausto*, donde el secular antisemitismo católico conduce a la Iglesia al silencio y la pasividad ante el genocidio, cuando no a la colaboración activa de no pocos católicos.

Goldhagen reitera en su libro el tono provocativo, dogmático y despreciativo que tanto éxito le dio en *Los verdugos voluntarios de Hitler* (ver la crítica de Moreno Luzón incluida en la bibliografía). Aunque en este caso no ha realizado una investigación en las fuentes, limitándose a seleccionar datos de fuentes secundarias, incurriendo en bastantes errores y omisiones que sus críticos (Deák o Rychlak) han resaltado. Igual que en su obra anterior Goldhagen convertía las palabras nazi y alemán en sinónimos, y sustituía constantemente la primera por la segunda, en *La Iglesia católica y el Holocausto*, pese a reconocer que el nazismo era anticristiano y que el antisemitismo católico no admitía el exterminio, utiliza el término «antisemitismo eliminador» (pág. 34) como un comodín que abarca desde la discriminación o la conversión forzosa de los judíos hasta el genocidio. Subraya así el estrecho maridaje entre ambas judeofobias, rechazando «la falsa distinción cualitativa entre el denominado antijudaísmo de la Iglesia y el moderno racismo antisemita» (pág. 175), lo que le permite recalcar el papel que los católicos de toda Europa jugaron en el Holocausto: preparando el ambiente primero, y reaccionando después con indiferencia mayoritaria, y en no pocos casos con complicidad o incluso participación directa. Lo que, dicho sea de paso, contradice las tesis de su primer libro que explicaban el Holocausto como obra casi exclusiva de los alemanes, de casi todos los alemanes, que por su cultura antisemita racista tenían una inclinación asesina que les diferenciaba de los demás seres humanos. Pues ahora los alemanes aparecen arropados por gran número de católicos europeos que actúan desde su secular antijudaísmo cristiano.

En mi opinión, la comparación entre las versiones cristiana y racista del antijudaísmo moderno debe abordar tres aspectos diferenciados:

— La definición del judío, predominantemente religiosa y cultural en el primer caso, y biológica y racial en el segundo. Para la Iglesia un judío bautizado dejaba de ser judío, aunque en algunas ocasiones se viera sometido a discriminaciones, como en los estatutos de limpieza de sangre de la España inquisitorial, vigentes aún en el siglo XX en algunas órdenes religiosas, como la Compañía de Jesús, según nos recuerdan tanto Kertzer (págs. 233-234) como Goldhagen (pág. 174). Por otra parte, el concepto de raza se universalizó tanto desde el siglo XIX que es muy frecuente ver en textos católicos e incluso en documentos vaticanos, alusiones a la «raza judía». Kertzer cita cómo en la *Enciclopedia católica* (1910) se trataba sobre «La profunda y amplia diferencia racial entre judíos y cristianos» (pág. 28).

— Lo que se predica del judío. En este punto, ciertamente, hay muy pocas diferencias. Ambos antisemitismos consideraban a los judíos enemigos internos y agentes disolventes de las comunidades nacionales, impulsores de todas las corrientes revolucionarias y destructivas (singularmente del bolchevismo a partir de 1918), así como del capitalismo especulativo internacional, causante de crisis económicas y ruina. En el extremo de esta visión los judíos no aparecían meramente unidos a todas las fuerzas destructivas del orden social, sino que eran sus directores secretos, según los planes de una conspiración mundial revelada en los *Protocolos de los Sabios de Sión* y otros documentos similares. Pero mientras que para los católicos el judaísmo mantenía una lucha secular contra el cristianismo y su Iglesia, para los racistas su combate era contra la raza aria. Por otra parte, los católicos seguían recordando las viejas acusaciones sobre el deicidio, los crímenes rituales y la vinculación satánica de los judíos, aunque hubo antisemitas nazis, como Julius Streicher, que utilizaron también el crimen ritual y la satanización del judío, con vistas sobre todo a atraerse a los fieles cristianos. Goldhagen subraya este punto con énfasis (págs. 31 y 157-158), pero se olvida de que los nazis conocían bien las diferencias que les separaban de los cristianos antijudíos. En un folleto titulado *La cuestión judía en la enseñanza*, editado por Streicher y destinado a los maestros alemanes, se utilizaba profusamente el antijudaísmo cristiano, citando al propio Jesús y a diversos santos, papas y concilios, pero también se denunciaba el carácter inconsecuente de las Iglesias al respecto afirmando: «Ellas ruegan por los judíos, para que Dios los dirija hacia las Iglesias cristianas. Ellas consideran el antijudaísmo una infracción contra el mandamiento cristiano del amor al prójimo» (*Die Judenfrage*: 27).

— Las *soluciones* a la *cuestión judía*. La doctrina tradicional de la Iglesia predicaba la discriminación legal de los judíos, pero también su preservación de cara a su profetizada conversión final (a diferencia de la política de exterminio que sufrieron otros enemigos de la Iglesia, como los herejes) así como laborar en pro de su bautismo. Para los racistas no había conversión posible: el judío de raza no podía dejar de serlo. El objetivo explícito de la política nacionalsocialista fue siempre dejar a Alemania *judenfrei*, libre de judíos. La política discriminadora y la creciente persecución tenían por objetivo forzarles al exilio. Cuando esto se hizo imposible la «solución final» se encontró en el exterminio total. En su crítica a Goldhagen, István Deák nos recuerda que «La Iglesia hizo de [Edgardo] Mortara un cura; los nazis lo habrían asesinado desde niño» (pág. 44).

Pese a todo, parece difícil dudar del influjo que tuvo el antijudaísmo dominante en la Iglesia en su actitud ante la escalada del antisemitismo alemán y continental a partir de 1933. Sobre este

tema han aparecido recientemente, entre otras, cuatro obras de interés. *El Papa de Hitler*, de John Cornwell, lleva un título escandaloso que no se corresponde luego con su contenido, pues retrata a un Pío XII antinazi que por varias razones (su antisemitismo, su germanofilia y su anticomunismo, que veía en el Eje un mal menor) adoptó una postura que benefició indirectamente a Hitler. En su búsqueda de notoriedad Cornwell, como Goldhagen, también ha recibido críticas por usar parcial o erróneamente los datos que presenta (ver Gumpel). No han sido traducidas al castellano pero tienen mucho más interés las obras de Susan Zuccotti, *Under His Very Windows*, Giovanni Miccoli, *I dilemmi e i silenzi di Pio XII* y la completa síntesis de Renato Moro, *La Chiesa e lo sterminio degli ebrei*. A través de estos estudios comprobamos cómo Pío XII mantuvo un silencio público casi absoluto ante el genocidio judío que se desencadenó a partir del verano de 1941. Sólo aludió al mismo en dos ocasiones: en el mensaje de la Navidad de 1942, cuando, refiriéndose de modo genérico a los sufrimientos de la guerra, habló de «los centenares de miles de personas, las cuales, sin ninguna culpa propia, tan sólo por razones de nacionalidad o de estirpe, son destinados a la muerte o a una progresiva extinción»; y en términos muy parecidos ante el Sacro Colegio cardenalicio el 2 de junio de 1943, donde empleó la expresión «constricciones exterminadoras» (Moro: 11-12). En ninguno de los dos casos señaló por su nombre ni a los verdugo ni a las víctimas.

La primera fase de la política antijudía la protagonizó el establecimiento de leyes racistas que discriminaban de modo a veces brutal a los judíos, primero en Alemania, luego en Italia, y más tarde en Hungría, Eslovaquia, Croacia o la Francia de Vichy. En todos estos casos la Iglesia mantuvo globalmente el silencio, aunque sí condenó explícitamente las doctrinas racistas que las informaban, especialmente durante los dos últimos años del pontificado de Pío XI. Pero en lo que se refiere a las medidas antijudías, normalmente las Iglesias locales y el Vaticano se limitaron a protestar reservadamente contra su aplicación a los judíos bautizados o a los casados con cristianos, intentando negociar su exclusión, aunque normalmente sin éxito. Goldhagen afirma, además, que el clero alemán colaboró en la aplicación de las Leyes de Nuremberg abriendo los archivos parroquiales a los investigadores nazis, que buscaban los antecedentes familiares de los judíos bautizados, pero desgraciadamente apenas cita fuentes al respecto (págs. 73-74, 174-175 y 338, notas 56 y 58). El silencio se mantuvo cuando de la discriminación se pasó a la persecución violenta, como ocurrió en Alemania tras la «Noche de Cristal» del 9 de noviembre de 1938. La Iglesia recelaba de las legislaciones antijudías, no sólo por su fundamentación racista y la consiguiente inclusión de los hebreos bautizados, sino también porque veía en ellas un creciente influjo de la ideología na-

cionalsocialista, que amenazaba a medio plazo a la misma Iglesia, como se encarga de subrayar Miccoli (págs. 393-400). Pero no desaprobaba que los Estados adoptaran medidas de discriminación legal contra los judíos no convertidos, que entendía una medida de protección de la sociedad contra su nefasta influencia, como se demostró de modo palmario cuando en agosto de 1943, tras la caída de Mussolini, el Vaticano solicitó al Gobierno Badoglio que se mantuvieran las leyes antijudías fascistas de 1938, aunque modificándolas para eliminar su carácter racista.

Como detallan Zuccotti, Miccoli y Moro, el Vaticano tuvo probablemente la más completa información sobre el Holocausto, ya que a las informaciones que recibía de los diferentes Gobiernos aliados y de las organizaciones judías internacionales se sumaba una gran cantidad de fuentes propias (nuncios, obispos, párrocos, miembros de Acción Católica) que coincidían todas en lo sustancial. Pese a ello, la Iglesia mantuvo el silencio (salvo alguna alusión genérica, como las dos citadas de Pío XII), y mantuvo también su política de presiones reservadas ante los diferentes Gobiernos que participaban en las deportaciones de los judíos a los campos de exterminio, destinadas normalmente a excluir a los bautizados y a los miembros de matrimonios mixtos. Aunque en el caso italiano se presionó al Gobierno para que no deportara a los judíos extranjeros que permanecían en el país o en los territorios de Francia y Yugoslavia ocupados por el ejército italiano. Mussolini no lo hizo, aunque fue presionado también, en el mismo sentido, por destacados militares y jerarcas del régimen. Sólo muy avanzada la guerra hubo alguna actitud más enérgica, como el telegrama abierto del papa al almirante húngaro Horthy, en junio de 1944, para que cesara en las deportaciones. Pero ni siquiera cuando el 16 de octubre de 1943 la Gestapo detuvo a más de mil judíos romanos, «bajo las mismas ventanas» del papa, para conducirlos a Auschwitz, elevó el Vaticano su voz.

Todos estos autores señalan que no pocos católicos, incluyendo en bastantes ocasiones a obispos destacados, ayudaron a los judíos perseguidos a ocultarse, salvándoles la vida. Zuccotti dice que en Roma más de cuatro mil hebreos se escondieron en establecimientos religiosos, incluyendo la misma Ciudad del Vaticano, junto a otros antifascistas y perseguidos (Zuccotti: 199-201). Pío XII no desautorizó esta labor de ayuda, aunque en el caso concreto del Vaticano mantuvo dudas sobre la necesidad de expulsarlos, presionado por un sector de la Curia, por miedo a una invasión de las tropas alemanas (Zuccotti: 229-232). No podemos olvidar, por otra parte, que tras la guerra tampoco desautorizó que fueran los criminales nazis y fascistas quienes recibieran la ayuda de la Iglesia para ocultarse de sus perseguidores y poder huir, sobre todo a Iberoamérica. Pero el libro de Zuccotti demuestra con

una detallada investigación que estas ayudas provinieron de iniciativas autónomas de quienes realizaron la obra de salvación, y por tanto no obedecían a unas pretendidas instrucciones del papa que nunca se han encontrado, pues de haber existido habría que explicar por qué llegaron sólo a unos cuantos obispos y clérigos y no a los demás (págs. 190-193, 209, 214, 263, 290 y 301). Zuccotti rechaza así que se pueda atribuir a Pío XII la salvación de «cientos de miles» de judíos, como pretende el documento *Nosotros recordamos*. Las mismas organizaciones judías le reconocieron a Pacelli su obra de salvación, pero el estreno en 1963 de la obra de teatro *El Vicario*, de Rolf Hochhuth, asestó un duro golpe a la fama de este pontífice, muy especialmente entre los judíos. Para Zuccotti muchos religiosos que salvaron a judíos creían seguir las directrices papales, y lo mismo creyeron sus protegidos. Pío XII vio bien la labor salvadora de muchos religiosos, pero no la ordenó. De modo similar, también simpatizaba con la minoría de obispos alemanes partidarios de condenar abiertamente los crímenes nazis, según le escribió al obispo de Berlín, von Preysing el 30-IV-1943 (Miccoli: 105-107), pero no se opuso a la línea de reserva que logró imponer el cardenal Bertram.

Los autores que comentamos argumentan contra algunas de las justificaciones del silencio de Pío XII sostenidas por sus panegiristas, desde el que no tenían información suficiente sobre lo que estaba pasando con los deportados hasta que el silencio era necesario para no empeorar la situación de las víctimas, como dijo en alguna ocasión el propio papa. Este argumento podía servir para no malograr los intentos de excluir a los judíos bautizados, cosa que se logró finalmente en escasa medida, pero difícilmente se podía empeorar el destino de los millones que estaban pereciendo en las cámaras de gas. Y una condena pública habría alertado a los judíos de su verdadero destino, impulsándoles a esconderse, y a los millones de católicos europeos a ayudarles.

Más interesante es la búsqueda de explicaciones o motivaciones en la actitud del Vaticano ante el Holocausto. Todos los autores resaltan la importancia del antisemitismo predominante entre las jerarquías de la Iglesia. Un antisemitismo que, no obstante, no alcanzaba los grados extremos de ciertos sectores católicos, firmes creyentes en la existencia de la conspiración judía mundial desvelada en los *Protocolos de los Sabios de Sión*, como se encargan de recordarnos Miccoli (págs. 265-271) y Moro (págs. 61-66). Sin olvidar la existencia de un importante movimiento católico «filosemita» en los años veinte, se concretó en 1926 en la Obra Sacerdotal de Amigos de Israel, que llegó a recibir la adhesión de 19 cardenales y 278 obispos, pero que acabó disuelta por el Santo Oficio dos años después. Pero mientras que para Goldhagen el antisemitismo es la causa esencial de la actitud del Vaticano ante la persecución judía

durante la guerra, para Giovanni Miccoli no es sino una causa fundamental pero que aparece envuelta en la mentalidad integrista de la Iglesia desde el siglo XIX, que se sentía asediada por el mundo moderno y que interpretaba todos los males de éste, y por ende, todos los horrores de la guerra, como el producto de un mundo que desde Lutero no había hecho sino alejarse de Cristo y de su Iglesia. Esta mentalidad de sitio, que veía enemigos de la Iglesia en todas las potencias contendientes, comunistas, fascistas o liberales, le impedía discernir adecuadamente el grado de los horrores y las responsabilidades en los crímenes. Aunque, recalca Miccoli, el anticomunismo visceral y las ideas antidemocráticas de la Iglesia la habían conducido a celebrar inicialmente a los regímenes autoritarios y fascistas de los años veinte y treinta como una reacción saludable que parecía enderezar el rumbo iniciado con la Revolución Francesa.

Otro factor decisivo, íntimamente relacionado con el anterior, es la actitud de neutralidad que adoptó el Vaticano ante la contienda, que entendía, de modo similar a la de 1914, como una pugna entre potencias más que entre ideologías. Salvedad hecha de la Unión Soviética, atacada por el Vaticano sin ambages desde que ocupó en 1939 la parte oriental de Polonia. Aunque cuando Alemania la invadió en 1941 el Vaticano resistió las presiones alemanas e italianas para que condenara formalmente, una vez más, el comunismo, lo que hubiera supuesto una justificación clara de la invasión. Pío XII se negó porque ahora la URSS estaba aliada con Inglaterra, y pronto también con Estados Unidos, y no quería romper así la neutralidad. Desde 1941 el Vaticano no condenó públicamente a la URSS, lo mismo que no condenó a Alemania, lo que demuestra la tesis de Miccoli. Aunque reservadamente el miedo al comunismo, incluyendo a los partisanos antifascistas de Italia, peso decisivamente en muchas de las decisiones que se tomaron.

Pío XII pensaba que, ante la guerra, las iglesias nacionales debían alentar a sus fieles a combatir por su patria, mientras que el padre de todos ellos debía mostrarse neutral, a fin de poder mediar por la paz entre el Eje y las potencias occidentales, dejando aislada a la URSS. Esto explica su colaboración en el invierno de 1940 con los militares golpistas alemanes, transmitiendo a los ingleses sus propuestas de paz de cara al día después de haber derribado a Hitler. Pero también su petición a Churchill, tras la derrota de Francia, de que negociara la paz con Alemania, lo que equivalía a una rendición. Cornwell insiste también en la germanofilia de Pío XII, labrada en sus doce años de nuncio en Alemania. Aunque Moro lo cuestiona (pág. 120), creo que este factor es relevante, pues la preocupación de Pío XII por la Iglesia alemana, hostigada enérgicamente por el nazismo, pesó mucho a la hora de morderse la lengua sobre los crímenes del régimen, con el que siempre buscó mante-

ner las relaciones menos malas posibles. Pío XII intentó que nunca se pudiera acusar a la Iglesia y a los católicos alemanes de haber asestado una «puñalada por la espalda» al país, como ocurrió en 1918 con el supuesto enemigo interno. Ello contrasta con su actitud hacia la católica Polonia, a cuyo Gobierno presionó en el verano de 1939 para que negociara y cediera ante Hitler a fin de evitar la guerra. Y donde la persecución implacable de la Iglesia y de la población católica durante la ocupación se cobró la vida de seis obispos y 2620 religiosos y religiosas, entre casi otros dos millones de polacos católicos, mientras que en Alemania el nazismo se cobró la vida de 169 sacerdotes (Moro: 17 y 107; Zuccotti: 96). El Vaticano no condenó explícitamente la invasión alemana de Polonia, como sí hizo luego con el ataque soviético a Finlandia. En el otoño de 1939 *L'Osservatore Romano* y la Radio Vaticana denunciaron la brutal ocupación alemana, incluyendo la reclusión de los judíos en guetos, pero ante las directas amenazas de Berlín, Pío XII ordenó el silencio en enero de 1940. El paralelo silencio del papa con la Polonia católica, además de contradecir el simplismo de Goldhagen, creo que merece mayor reflexión, no siendo suficiente el argumento de Zuccotti (y de los defensores del papa) cuando afirma que en este caso una condena pública del Vaticano sí hubiera agravado la persecución (pág. 97).

Dentro de este contexto sitúa Miccoli el papel que jugó el antisemitismo de Pío XII y sus colaboradores, que condujeron al Vaticano a aceptar con pocas reticencias las legislaciones antijudías y a no saber reaccionar cuando se comprobó que no eran sino el inicio de una persecución cada vez más violenta que condujo al exterminio. Por otra parte, la tradicional creencia en que los judíos sufrían un castigo providencial desde que pidieron ante Pilatos la muerte de Jesús influyó en la pasividad de la Iglesia, que veía la persecución como un destino inevitable.

Finalmente, creo que no es en absoluto despreciable, para explicar la actitud de Pío XII, el miedo a que el Vaticano fuera invadido por las tropas del Eje. Al fin y al cabo, en la mentalidad de la Iglesia, ésta se veía a sí misma el valor permanente a salvar, por encima de las contingencias del mundo.

En la tercera parte de su libro Goldhagen aborda la reparación que debe realizar la Iglesia por el daño cometido tras siglos de antisemitismo. Y no es poco: debe abandonar su estructura jerárquica y su Estado vaticano; debe renunciar a considerarse única vía de salvación (lo que ofende al resto de la Humanidad), y a considerar el Nuevo Testamento superior al Antiguo, y al cristianismo superior al Judaísmo (la «teología de la sustitución» del judaísmo por el cristianismo, que ofende a los judíos) (págs. 85, 220, 227 y 284-285); y, por último, debe, junto a las demás Iglesias cristianas, eliminar del Nuevo Testamento lo que él considera que son sus pasajes antise-

mitas, pues «la Biblia de la iglesia católica... es la fuente del antisemitismo más dañino y la autoridad que lo consagra» (pág. 227). No acepta pues la profunda relectura que ha hecho la Iglesia posconciliar para acabar con «la enseñanza del desprecio», en la línea que apuntaron en su día Isaac y Maritain (basada en textos como Romanos 11, Lucas 23,34, Mateo 27,25 y Hechos 3,17), pues él interpreta el Nuevo Testamento igual que lo hacían los católicos integristas antijudíos que se enfrentaron al Concilio en los años sesenta. Quizás el lector crea que todas estas posturas se formulan desde un laicismo radical que rechaza el dogmatismo y las pretensiones de poseer la verdad de cualquiera de las religiones positivas, pero no es así. Sus juicios se limitan al cristianismo. Nada tiene que decir de los dogmas y exclusivismos de las demás religiones. Y, por otra parte, protesta enérgicamente si se le tacha de anticristiano.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- CORNWELL, John, *El Papa de Hitler. La verdadera historia de Pío XII*, Barcelona, Planeta, 2000.
- DEÁK, István, «Jews and Catholics», *The New York Review of Books*, 19-XII-2002, págs. 40-44.
- Die Judenfrage im Unterricht. Von Stadtschulrat Fritz Fink*, Nuremberg, Der Stürmer – Abteilung Buchverlag, 1937.
- GOLDHAGEN, Daniel Jonah, *La Iglesia católica y el Holocausto. Una deuda pendiente*, Madrid, Taurus, 2002.
- GUMPEL, Peter S. J., «Cornwell's Pope: a Nasty Caricature of a Noble and Saintly Man», *Catholic Dossier*, I a II-2001
- KERTZER, David I., *Los papas contra los judíos. La postura antisemita del Vaticano. Cómo la Iglesia católica permitió el Holocausto*, Barcelona, Plaza Janés, 2002.
- MICCOLI, Giovanni, *I dilemmi e i silenzi di Pio XII. Vaticano, Seconda guerra mondiale e Shoah*, Milán, Rizzoli, 2000.
- MORENO LUZÓN, Javier, «El debate Goldhagen: los historiadores, el Holocausto y la identidad nacional alemana», *Historia y política*, núm. 1, págs. 135-159.
- MORO, Renato, *La Chiesa e lo sterminio degli ebrei*, Bolonia, il Mulino, 2002.
- «Nosotros recordamos: una reflexión sobre la Shoah». Documento de la Comisión para las relaciones con el Judaísmo, 16-III-1998, *El Olivo*, núm. 47, I a VI-1998, págs. 106-117.
- RYCHLAK, Ronald J., «Goldhagen v. Pius XII», *First Things*, núm. 124, VI a VII-2002, págs. 37-54.
- ZUCCOTTI, Susan, *Under His Very Windows. The Vatican and the Holocaust*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2000.

---

Gonzalo Álvarez Chillida es doctor en Historia por la Universidad Autónoma de Madrid, catedrático de instituto y profesor asociado en la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado dos obras sobre José María Pemán, la segunda en colaboración con Javier Tusell, y *El Antisemitismo en España. La imagen del judío, 1812-2002*, Madrid, Marcial Pons, 2002. Sobre este tema ha publicado también varios artículos y sus ponencias de varios congresos internacionales.